

ya que no se atreven á negarla claramente, ni mucho menos á desmentir con franqueza el hecho que todas las tradiciones afirman. Dicen, pues, que Moisés ó el que compuso la relación del diluvio, tal como aparece hoy en el Génesis, no hizo más que compilar, purgar algún tanto de los errores del politeísmo, y por fin amalgamar, no con mucho acierto, otras relaciones muy anteriores. Se obstinan en decir que los pasajes en que se designa á Dios con el nombre de *Elohim* pertenecen á una relación primitiva, del todo diferente de aquella en que se le designa bajo el nombre de *Jehovah*. Y lo que es más todavía, no se avergüenzan de sostener que esas dos relaciones están en contradicción, sin que el compilador haya acertado á ponerlas de acuerdo.

Pero no nos dicen de donde pudo sacar unas ideas tan nobles, tan puras, tan elevadas. No podremos afirmar rotundamente que su relato es la tradición primitiva, conservada en la flor de su integridad y pureza por la familia patriarcal, y no una simple expurgación de las tradiciones de Caldea; pero tenemos sobrados fundamentos para sospecharlo (1). Si Moisés no hubiera hecho más

(1) Decimos que el relato del Génesis más parece ser la tradición primitiva, conservada con entera fidelidad por la raza patriarcal, que no una simple recopilación y expurgación de varias relaciones preexistentes, transmitidas por gentes extrañas; sin embargo, es muy probable que al consignar Moisés por escrito la tradición de su pueblo, tuviera presentes algunos antiguos docu-

que purgar las tradiciones de las gentes é insertar solamente lo que hallaba de verdadero, habría evitado con gran diligencia el empleo de los antropomorfismos, de metáforas atrevidas y el dar á Dios diferentes nombres; pues con todo eso podría dar ocasión á que el pueblo cayese en la idolatría, siendo tan inclinado á ella. Nada de esto hizo; preciso es pues reconocer que la relación de Moisés representa á la tradición primitiva, trasmítida á él directamente, so pena de tener que confesar que, si es una simple expurgación de las tradiciones de otros pueblos, esa expurgación no es humana; el hombre no hubiera osado hacerla de esa manera, no está conforme con la prudencia del hombre y revela un influjo superior y providencial. Por otra parte, ¿de dónde le pudieron venir esas ideas tan nobles, esos pensamientos tan elevados, sino de la inspiración divina? Vemos, pues, que el mismo hecho de mostrar Moisés tan poco reparo en llamar á Dios con diferentes nombres y en usar de antropomorfismos, á primera vista peligrosos, lejos de disminuir en lo más mínimo el mérito de su relación, aun dado que fuera una simple recopilación de otras más antiguas, lo realza extraordinariamente, haciéndonos ver con los ojos la influencia de la divinidad.

mentos, traídos por Abraham de Caldea, y de los cuales pudo valerse, guiado siempre de la inspiración divina, para completar lo que faltaba en la tradición oral.



No estamos ahora en el caso de probar la inspiración de los libros sagrados, eso no pertenece á nuestro propósito; innumerables autores la prueban y fácil es recurrir á ellos. Moisés, al describir el diluvio, obraba bajo la influencia de la inspiración divina, y no podía menos de decir en todo verdad. Que haya tenido ó no presentes otros documentos anteriores, nada importa; su relación lleva siempre el sello de la divinidad y es en un todo fiel, legítima y auténtica. Ni debemos preocuparnos de si esos documentos, conservados ya por la escritura ó transmitidos por la tradición oral, y de los cuales pudo servirse el autor del Génesis al redactar su admirable historia, eran en un todo verdaderos y fieles ó estaban plagados de errores; bástanos saber que la redacción definitiva, expresión de su pensamiento, es auténtica y legítima, y que iluminado por una luz sobrenatural, no pudo dejar se deslizara en ella el menor error. Esta redacción definitiva, tal como nos la ha dejado el historiador, y tal como ha llegado á nuestros días, es la que para nosotros tiene autoridad; pues sabemos que, de una manera ó de otra, ha sido divinamente inspirada.

Aun cuando nos llegaran á probar que es una simple recopilación de tradiciones antiguas y muy diferentes y, si se quiere, contradictorias, jamás podrán señalar en esa recopilación, tal como salió de las manos del es-

critor sagrado, ni errores, ni contradicciones, ni nada que no sea la verdad pura y auténtica.

Sin embargo, los racionalistas, no sólo no tienen escrúpulo en afirmar que el relato bíblico del diluvio es una mezcla confusa de dos tradiciones muy distintas, la *elohista*, que puede reconocerse por el empleo de la palabra *Elohim*, y la *jehovista* por el de la palabra *Jehovah*, sino que sostienen que esas dos tradiciones se contradicen la una á la otra. Si les preguntamos por dónde conocen esas dos primitivas tradiciones, nos responden que sólo por el Génesis; pero que reuniendo los diferentes trozos de cada una, que están en él diseminados, y poniéndolos en su debido lugar, se pueden reconstituir ambas, formando cada cual de por sí un todo seguido y perfecto. Léidas así, añaden, se contradicen manifiestamente; la jehovista dice que la lluvia duró noventa días, *después de los cuales* Noé envió sucesivamente el cuervo y la paloma y salió del arca á los dos meses próximamente de haber entrado, y que se salvaron siete parejas de animales puros y de aves; la elohista afirma que las aguas crecieron durante 150 días, después empezaron á decrecer y que Noé permaneció todo un año en el arca, salvándose en ella una pareja de cada especie de animales.

Pues bien, ahora les volvemos á preguntar: ¿por dónde les consta que esas dos tradicio-



nes se conservan puras é íntegras y que el redactor del Génesis no modificó ni una sola frase, ni una sola palabra de ellas? A esto sí que no han respondido ni podrán jamás responder. Mientras no aduzcan un documento fiel en que conste que esas dos tradiciones fueron insertadas á la letra, nosotros tenemos derecho á suponer que el redactor, al tomarse la libertad de desmembrarlas y combinarlas íntimamente y como mejor le pareció, se la pudo tomar también para modificar todo aquello que conviniera, á fin de que la relación total resultara seguida y mejor ordenada. Si pudieron, pues, ser modificadas, ya no ofrecen la menor autenticidad. ¡Cuantos castillos levantan sobre una base de viento los que se llaman *racionalistas* por... anfrasis!

Pero demos que esas dos tradiciones tuvieran toda la autenticidad del mundo y que se contradijeran manifiestamente, considerándolas cada una de por sí; de ahí sólo resulta que habría errores en los documentos de que se valió Moisés; pero no que éste los hubiera sancionado. Y la razón es manifiesta: leyendo el relato del diluvio, tal como aparece en el Génesis, nadie se atreverá á señalar la más mínima contradicción; todo él forma sentido tan claro y perfecto, que apenas puede dar origen á dudas. Las dos relaciones primitivas, si es que allí existen, fueron intercaladas con tanta habilidad y maestría, que á

pesar de que cada una, tomada aisladamente, se opone á la otra, leídas tal como las dispuso Moisés, hablan ambas un mismo lenguaje, ambas se explican mutuamente y lo que en una de ellas pudiera haber de dudoso ó de inexacto, queda explicado, corregido y completo con lo que dice la otra, viniendo á formar así un todo perfectísimo, en que, en medio de la variedad de elementos, brilla un orden admirable y una sorprendente unidad. Y como esa maravillosa combinación y redacción definitiva, es la única que nos hace fe, por ser ella sola la expresión del pensamiento del autor sagrado, debemos atenernos á su sentido claro y obvio, sin preocuparnos de los documentos preexistentes que pudieron ser inexactos. Si éstos existieron, repetimos, el compilador los desmembró y combinó á su gusto para hacerles decir lo que él quería y no lo que decían ellos, y en lo que él les hace decir sólo hallamos verdad, unidad y orden, sin sombra de contradicción.

Y en efecto, al transcribir la relación del Génesis hemos conservado los nombres de Elohim y Jehovah, que figuran en el texto hebreo, á fin de que cualquiera se pueda fijar en las llamadas relaciones *Elohista* y *Jehovista* (1); léanse detenidamente, y á buen seguro que se notará en ellas una completa uni-

(1) He aquí en este cuadro señalados los lugares que ocupa cada una de ellas:



dad, y se persuadirá el lector de que las contradicciones sólo pueden estar en los ojos de quien las inventa. En el cap. VIII, v. 6, se dice que después de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca y envió el cuervo; la palabra *después* se refiere evidentemente á la última fecha que se acaba de señalar en el verso anterior, 5: «el primer día del mes décimo comenzaron á aparecer las cumbres de las montañas.—6— *Y después de cuarenta días abrió Noé la ventana*». El sentido de estos dos versos es bien claro; suponer que el redactor quiso referir la palabra *después*, no á la fecha que acababa de indicar, sino á otra señalada en los versos 12, 16 y 17 del capítulo precedente, separada por una larga serie de acontecimientos, es declarar á todas luces una de dos: ó que estaba loco quien tan mal se sabía explicar, ó que lo están quienes lo interpretan de una manera tan desatinada. Y debemos añadir que el autor del Génesis ha sido acusado de muchas cosas, pero de *locura*... jamás.

RELACIÓN JEHOVISTA.			RELACIÓN ELOHISTA.		
Cap.	VI.	5—8. . . . .	Cap.	VI.	9—22.
»	VII.	1—5. . . . .	»	VII.	6—9.
»	»	10. . . . .	»	»	11.
»	»	12. . . . .	»	»	13—16.
»	»	16—17. . . . .	»	»	18—22.
»	»	23. . . . .	»	»	24.
»	VIII.	6—12. . . . .	»	VIII.	1—5.
»	»	20—22. . . . .	»	»	13—19.
			»	IX.	1—17.

Que se tomen del más claro de los escritores del mundo varias series calculadas de diferentes pasajes, arrojándonos la libertad de relacionarlos como nos dé la gana, y no como los relaciona él, y le haremos decir todo lo que nos convenga, sin que él por eso lo hubiera soñado nunca. Y eso mismo, ni más ni menos, es lo que han hecho con Moisés, los llamados libre-pensadores, porque todo lo piensan libremente, sin dejarse coartar por las estrechas leyes que la rigurosa Lógica se ha empeñado en dictar al pensamiento.

Pero es el caso, que no solamente no se halla la menor contradicción en el relato del diluvio, tal como aparece en el Génesis, sino tampoco en las mismas dos relaciones primitivas, tomadas aisladamente, dado que existieran. No hay ninguna razón para suponer que el verso 6 del cap. VIII pertenece á la narración jehovista; antes todo nos hace creer lo contrario. Está íntimamente relacionado con el 5, y completa su sentido; por otra parte este último no guarda relación con el 13, en que se pretende vuelve á comenzar la elohista; por lo tanto, como desde el verso 6 al 12 no se menciona para nada á Jehovah, y como todo el contexto es necesario y llena un vacío inmenso (1), debemos reconocer que

(1) El verso 5 dice que el primer día del décimo mes, aparecieron las cumbres de las montañas; el 13, empieza diciendo:



pertenece á una misma narración. Así pues no puede decirse que la jehovista por sí sola señala unos dos meses de duración al diluvio.

La otra divergencia que señalan entre las dos relaciones es la que se refiere al número de animales salvados en el arca; la elohista menciona una sola pareja de cada especie, la jehovista indica lo mismo con respecto á los animales impuros, mas de los puros y de las aves reconoce siete parejas. En esto, si bien se mira, tampoco se contradicen; porque Noé haya hecho entrar una pareja de cada especie, no se sigue que de algunas especies no hayan entrado siete parejas (1). Pero aun cuando las dos relaciones, aisladas, se contradijeran, en la compilación formada con ellas hay una perfecta conformidad y armonía. Primero se le dice á Noé que deben entrar en el arca una pareja de cada especie; después se le da una explicación más

---

«Así pues el año 601 de la vida de Noé, el día primero del primer mes, se retiraron las aguas que estaban sobre la tierra, y abriendo Noé la cubierta del arca, vió que *se estaba secando la superficie de la tierra*». Estas palabras están íntimamente ligadas con los versos precedentes, en que se expone todo lo que aconteció desde que aparecieron las cumbres de los montes, hasta dos meses después, en que quedó la tierra descubierta y *empezó á secar*.

(1) Y téngase en cuenta que al indicarse en la relación elohista los animales que entraron (VII. 8, 9.) no se dice que hayan entrado *una pareja* de cada especie, sino por *parejas* (dos y dos) *de macho y hembra, como había mandado Elohim á Noé*, lo cual acaba de disipar toda sombra de contradicción.

detallada y se le añade que esas parejas han de ser siete, con respecto á los animales puros y á las aves. Esta explicación en nada contradice á la primera orden. ¿Cuántas salvedades de esta naturaleza no introducen por vía de nota ó de paréntesis hasta los escritores más afamados? Y la explicación está muy en su lugar: cuando se le mandó á Noé construir el arca, é ir disponiendo todas las cosas, le bastaba tener una idea general y aproximada de todo, pues aún había de tardar mucho en acaecer el diluvio; por eso le dice *Elohim*; tienes que entrar en el arca con tu familia, y con *dos animales* de cada especie, y debes reunir provisiones de víveres. Pero cuando el diluvio estaba ya encima, y se le dió orden de entrar en el arca, entonces, se le debieron exponer todas las cosas detalladamente, y se le pudo muy bien decir que introdujera hasta siete pares de aquellas especies más necesarias y que, por otra parte, las podía tener siempre á mano. «Y dijo Jehovah á Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca porque te he hallado justo en mi presencia en esta generación. De todos los animales puros, toma siete y siete, machos y hembras; y de los animales que no son puros, dos, el macho y su hembra. Del mismo modo, de las aves del cielo tomarás siete y siete (1), machos y hembras, para

---

(1) «No se está de acuerdo, escribe el Sr. Vigouroux, *Mamuel*



que viva su raza sobre toda la superficie de la tierra. Porque, *pasados siete días*, yo haré llover...»

Quien se empeñare en hallar contradicciones entre esta orden y la precedente, las encontrará á millares en todos los escritores; pues no hay ninguno que no introduzca en sus obras ciertas explicaciones ó notas ó salvedades.

Mas con todo eso, no ha parado ahí la libertad que los *racionalistas*, es decir, los que no han llegado aún á la categoría de seres *racionales*, se toman siempre de pensar conforme se les antoje; de esas soñadas contradicciones, que pretenden descubrir en el relato bíblico del diluvio, han querido también deducir, que, careciendo de unidad, no podía ser obra de Moisés, sino que se ha ido formando en tiempos muy posteriores al

---

*biblíque*. t. I, p. 542, sobre el número de animales de cada especie que fueron introducidos en el arca. S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, Teodoreto, S. Jerónimo, *Epist. CXXIII, ad Ageruchiam*, 12, t. XXII, col. 1054, piensan que en ella había siete individuos puros y dos impuros; otros creen que había siete parejas de animales limpios y dos de inmundos: S. Aug., *De Civ. Dei*, l. LXV. c. 27, t. XLI, col. 473; *Contra Faustum*, l. XII, c. XV, XXXVIII, t. XLII, col. 263, 274. Cf. Piancini, *Cosmogonia naturale en la Civiltà cattolica*, Julio de 1862; p. 318.»

Nosotros tenemos por más probable que entraron siete parejas de los limpios y una sola de los inmundos. Así parece colegirse de las palabras del *cap. VII*, v. 2 y 3. *del Génesis*, arriba citadas, y mejor aún, si se quiere, de los versos 8 y 9, donde se dice que entraron por parejas de macho y hembra. Si hubieran entrado siete individuos, uno de ellos quedaba sin compañía.

Éxodo, por la intercalación de trozos de diferentes tradiciones, hecha sin orden, ni cohesión. Señala varios pasajes de la relación jehovista paralelos á otros de la elohista, resultando del conjunto, á su modo de entender, una repetición empalagosa, ya que no se atreven á decir, muy á las claras, una contradicción manifiesta. Examinemos el poco fundamento en que se apoya. Por de pronto, que no hay allí oposición, sino mucha conformidad y armonía, lo acabamos de probar; ahora vamos á demostrar que tampoco hay repeticiones inútiles, sino explicaciones muy interesantes.

Según ellos la narración jehovista contenida en los cinco primeros versos del *cap. VII*, es paralela á la contenida desde el verso 13 al 22, en el *cap. VI*, propio del escritor elohista. Hé aquí pues el paralelismo principal que señalan; y sin embargo nada más falso que esta manera de ver. En la elohista se intima la orden de construir el arca y de ir preparando las cosas; y esto acaece muchísimo tiempo antes del diluvio. En la jehovista se anuncia ya la inminencia del gran cataclismo y se describe la entrada en el arca. ¿Dónde está pues la repetición? ¿Dónde la *principal repetición empalagosa*?—En las muestras de buena fe que dan nuestros adversarios. Pero han recibido un digno escarmiento, en la leyenda de Izdubar; ésta ha puesto bien de relieve la falsedad de tales afirma-



ciones, y los ha cubierto de confusión é ignominia; pues contiene, lo mismo que el Génesis, esas dos órdenes del todo distintas; sin más diferencia que la de decirse en éste que la última fué intimada siete días antes del diluvio, y en la narración de Erech se dice que lo fué la vispera. Se hallan también en este último, unos al lado de otros, todos los demás pasajes de las dos relaciones, que se nos presentan como paralelismos de mayor ó menor importancia. Según Moisés, terminado el diluvio, después de haber salido Noé del arca, ofreció un sacrificio á Jehovah; y Jehovah, agradecido, prometió no volver á causar otro diluvio. En los 17 primeros versos del capítulo siguiente, creen hallar una repetición elohista de lo mismo. Pero no hay tal repetición, sino más bien una explicación y un complemento necesario de lo que se acaba de exponer. Elohim bendice á Noé y sus hijos y les colma de privilegios; establece definitivamente con ellos una perpetua alianza, y les da por señal el arco iris. Á esto se reduce todo, y nada de ello se había dicho en la relación jehovista. ¿Dónde está pues esa repetición tan buscada? De la misma manera, refiere el hecho, en sustancia, la leyenda cuneiforme. Hasisadra sale del navío, ofrece sacrificio á los dioses, que le quedan muy agradecidos y muestran gran pesar del diluvio, prometiendo no causar otro; después se dice que Ilu bendice á Hasisadra y á su mujer,

les dispensa muchos favores y les concede la inmortalidad.

En esto, como en todo, esta relación sigue casi al pie de la letra el mismo orden que Moisés y expone las mismas cosas; sin embargo, á ella se le puede conceder una unidad que á aquél se le niega. La leyenda de Erech encierra los pasajes elohistas del Génesis; la construcción del arca, sus dimensiones, el embetunado, las provisiones de víveres y las grandes manifestaciones de la benevolencia divina para con los hombres salvados, etc.; encierra también los jehovistas; el acto de cerrar la puerta del arca, la oblación del sacrificio, etc. Contiene además el episodio de las aves enviadas, que, según muchos, en el Génesis no es elohista ni jehovista, ni se relaciona con nada, y por lo tanto lo consideran como introducido posteriormente.

Es cierto, pues, que existe en la relación que el Génesis trae acerca del diluvio, pasajes donde predomina ya el nombre de Jehovah, ya el de Elohim; aún más, tenemos por muy probable que esa particularidad proviene de dos documentos preexistentes que Moisés debió tener á la vista; sin embargo, preciso es reconocer, si no se quieren cerrar los ojos á la luz, que en su completísima redacción, no sólo no hay contradicciones, sino que brillan admirablemente la unidad, la perfecta conformidad y la armonía. No hay pasajes paralelos, sino explicaciones detalladas y



muy necesarias. Quien lea con reflexión é imparcialidad el Génesis, no podrá menos de quedar persuadido de estas verdades. Moisés pudo y debió tener presentes todos los elementos de su relación. Y esos los hallaba en las tradiciones antiguas traídas de Caldea por el mismo Abraham. Pero escribía bajo la influencia de una luz superior, y así, aun cuando en aquellas, si es que estaban ya consignadas por escrito, hubiera podido hallar algunos errores, los hizo desaparecer con un arte maravilloso. Supo intercalarlas con tal maestría, que ellas mismas dijera la verdad que él deseaba consignar, y cuando no, añadiendo por su cuenta las ilustraciones necesarias, hizo apareciera su recopilación tan completa, tan verdadera, tan una consigo misma. Pudo ser ésta, repetimos, una combinación de diferentes tradiciones antiguas, más ó menos expurgadas; pero si fué así, Moisés no hubiera podido lograr un resultado tan brillante sin una particular asistencia del mismo Dios, porque en esa narración tan superior á todas las otras y que encierra tan sublimes pensamientos y enseñanzas en medio de frases peligrosas á primera vista, vemos resplandecer una prudencia y una sabiduría que están muy por encima de nuestra naturaleza.

Y si ahora tenemos en cuenta la preciosa narración del poema de Izdubar, muy anterior al Génesis, según la mayoría de los asi-

riólogos, ó á lo menos, casi contemporánea, y en la cual existen formando un todo perfecto los mismos hechos y casi con el mismo orden y con los mismos detalles, ¿será posible que haya aún quien se atreva á decir que las diferentes secciones del relato bíblico son pasajes paralelos, sin cohesión, sin unidad é introducidas allí con violencia y de una manera sucesiva? ¿Será posible que se sostenga aún que Moisés no pudo ser el autor ó redactor de todas ellas y que algunas por lo menos son muy posteriores, cuando las estamos viendo en la narración del poema de Izdubar, que es contemporánea ó muy anterior?

La tradición toda confirma pues el diluvio de la manera más clara, y no solamente lo confirma, sino que nos hace ver hasta la evidencia que aquel gran cataclismo no pudo verificarse de otra manera que como lo describe el Génesis. Todos los hechos que este consigna hallan eco en la voz de gentes muy remotas, y todos á una se hallan garantizados por el poema de Erech, por esa narración maravillosa conservada providencialmente en las ruinas de Ninive para cerrar la boca de los impíos y llenarlos para siempre de confusión é ignominia. Pues todo cuanto hay en ella, lo bueno y lo malo, rinde tributo á la de Moisés y atestigua su verdad y divinas excelencias. «Cualquiera que estudie seriamente, dice muy bien Vigouroux (1), estas dos anti-

(1) *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 263.



guas relaciones del diluvio, tan semejantes bajo el punto de vista, por decirlo así, material, y bajo el dogmático y teológico tan alejadas la una de la otra, como el cielo de la tierra, no podrá menos de exclamar, poseído de admiración ante las páginas de la Sagrada Escritura: el dedo de Dios está aquí».

Allí está aquel dedo divino, mal que le pese á la impiedad, aquel dedo poderoso que con las aguas del diluvio borró las iniquidades é inmundicias de la tierra y exterminó á todos los hombres perversos. ¡Brame, blasfeme el impío! que siempre tendrá encima de sí aquel dedo vengador.

El diluvio existió verdaderamente, y su memoria hace aún hoy estremecerse á todos los malos y andar cautelosos y seguros á los buenos.

#### § VIII. TESTIMONIOS DE LOS HISTORIADORES, POETAS Y SABIOS DE LA ANTIGÜEDAD.

**A** la tradición unánime de todos los pueblos, que tan evidentemente prueba la realidad del diluvio, pudiéramos añadir el testimonio de los antiguos historiadores, poetas y filósofos. Pero lo creemos innecesario, pues bien sabido es que aquellos escritores fueron intérpretes fieles de las diferentes tradiciones y no hicieron más que consignarlas é ilustrarlas algún tanto. Pueden con todo verse en

la *Bible sans la Bible* del abate Gaiet (1) lo que dicen á este propósito, además de Beroso y Luciano, á quienes hemos ya citado, Alejandro Polyhistor, Abydena, Apolodoro, Plinio, Pomponio Mela, Cedreno, Josefo, Filon, Ammiano Marcelino, Platón, Ovidio, las Sivilas, los libros Parsis, etc. Y puede verse allí también la descripción de un curioso monumento etrusco y de la medalla de Apamea que tan fielmente recuerdan el diluvio.

Mas nos parece muy á propósito consignar siquiera algunas palabras de Ovidio y de las Sivilas. Después de pintarnos aquél (2) á Júpiter irritado por la malicia de los hombres, y especialmente de los gigantes, y resuelto á exterminarlos á fin de que viniera á poblar la tierra una nueva y virtuosa raza, nos lo representa lanzando desde lo alto del cielo torrentes de lluvias impetuosas; al mismo tiempo Neptuno hería con su tridente la tierra; esta se estremece y hace salir de sus profundos antros las aguas. Los ríos salen de sus cauces y se desbordan por las campiñas, arrastrando, confusamente reunidos, los árboles, los rebaños, los hombres, los edificios. El inmenso desbordamiento de la mar cubría las más altas montañas, cuyas cimas se ven por vez primera batidas por las irritadas

(1) T. I, p. 168 y siguientes.

(2) *Metamorph*, lib. I.



olas. «La tierra no se distinguía ya del Océano; todo era mar, y la mar no tenía playas. El uno busca un asilo en la roca escarpada, el otro se arroja en su esquife y agita el remo donde antes había conducido el arado. Este navega sobre las casas y sobre los techos sumergidos; aquél encuentra peces en la cumbre de los olmos; otro echa el áncora, que se para en la pradera. Las barcas flotan sobre los ribazos en que estaba plantada la viña; la pesada foca descansa sobre los montes donde pacía la cabra lijera. Las Nereidas se maravillan de ver debajo de las ondas los bosques, las ciudades y los palacios. Los delfines habitan las selvas, conmueven los troncos de las encinas y saltan sobre sus ramas. El lobo, despreciando su presa, nada en medio de los corderos; el león furioso y el tigre flotan sobre las aguas; la fuerza del jabalí, igual al rayo, no le sirve de provecho; se vuelven inútiles las ágiles patas del ciervo; el ave, errante, busca en vano la tierra para descansar; sus alas fatigadas no pueden ya sostenerla y cae entre las olas... Allí, donde el Parnaso eleva sus dos cimas hasta los astros y las esconde en el seno de las nuves; en aquella doble cumbre, único lugar de la tierra respetado por las aguas, allí se para la débil barca que lleva á Deucalión y á Pyrrha... Cuando el hijo de Saturno vió el mundo convertido en vasto mar, y que de tantos millares de seres que lo poblaban, ya

no había más que un hombre y una mujer, pareja inocente y piadosa; separa las nubes; ordena al Aquilón disiparlas, y muy pronto se muestra la tierra al cielo y el cielo á la tierra... El dios de la mar depone su tridente y restablece la calma en su imperio». ¡Cuán brillante testimonio de la universalidad del diluvio, y de todas sus verdaderas causas!

Pues bien, de entre lo mucho que dicen los libros de las Sivilas, vamos á citar un solo pasaje (1): «En el continente de la negra Frigia, hay una montaña, alta, elevada é inaccesible; se la llama Ararat, porque allí fué donde todos tuvieron que refugiarse. De allí es de donde nacen las fuentes del gran río, el Marsyas. En la cumbre de esta montaña es donde el arca descansó cuando se retiraron las aguas.»

#### § IX. TESTIMONIOS DE VARIOS SABIOS MODERNOS, YA RACIONALISTAS YA CRISTIANOS.

**V**EAMOS ahora cómo piensan acerca del diluvio muchos eminentes sabios de nuestros tiempos. Y ante todo vamos á consignar la opinión de tres bien competentes, y que se glorían de su incredulidad, pero que en este punto se vieron obligados á ceder ante la evi-

(1) Lib. I. V. 261. (París, Didot, 1841).



dencia de los hechos. Hé aquí pues el irrefragable testimonio de tres testigos excepcionales: «La idea del diluvio, dice Freret (1), tal como la hemos recogido en los diferentes pueblos, es la tradición de un hecho histórico. No se procura perpetuar la memoria de aquello que no ha sucedido. Estas historias diferentes por la forma, pero semejantes en cuanto al fondo, que presentan un mismo hecho, en todas partes alterado y en todas partes conservado, este consentimiento unánime de los pueblos me parece una prueba de la verdad del hecho.»

«¿Por qué, pregunta Bailly (2), la efusión del agua es la base de todas las fiestas antiguas? ¿Por qué estas ideas de diluvio, de cataclismo universal? ¿Por qué estas fiestas, que no son otra cosa, sino conmemoraciones? Los Caldeos tienen su historia de Xixuthro, que no es más que la de Noé alterada; los Egipcios decían que Mercurio había grabado los principios de las ciencias sobre columnas que pudieran resistir al diluvio. Los Chinos tienen también su Perrun, mortal amado de los dioses, que se libra, en una barca, de la inundación general. Los Indios cuentan que la mar cubrió é inundó toda la tierra á excepción de una montaña, hacia el norte; una

(1) *Recherches sur les traditions religieuses et philosophiques des Indiens.*

(2) *Lettres sur l'origine des sciences.*

sola mujer con siete hombres se retiran allí; donde se habían igualmente salvado dos animales de cada especie». De esta creencia deduce la realidad de un diluvio universal, que no hubieran podido imaginarlo los hombres sino fuera verdadero, y cuya tradición se ha conservado en todas las gentes.

«Es preciso, añade Boulanger (1), tomar en estas tradiciones de los hombres, un hecho cuya verdad sea universalmente reconocida. ¿Cuál es este hecho? Yo no veo otro, cuyos monumentos sean más generalmente atestiguados, que aquellos que nos han transmitido esta revolución física, que, se dice, haber cambiado en otro tiempo la faz de nuestro globo; y que ha dado lugar á una renovación total de la sociedad humana. En una palabra, el diluvio me parece la verdadera época de la historia de las naciones. La tradición que nos ha conservado este hecho, no solamente es la más antigua de todas, sino que es todavía clara é inteligible; nos presenta un hecho que puede justificarse y confirmarse: 1.º por la universalidad de los testimonios, puesto que la tradición de este hecho se encuentra *en todas las lenguas y en todos los lugares del mundo*: 2.º por el progreso sensible de las naciones, y la perfección sucesiva de todas las artes. El ojo del físico ha hecho reconocer los monumentos auténticos de es-

(1) *Antiquité dévoilée.*



tas antiguas revoluciones; y los ha grabado en todas partes con caracteres indelebles.— Así la revolución que ha sumergido nuestro globo, ó eso que se ha llamado diluvio universal, es un hecho que no puede rehusarse, y que estaríamos forzados á creerlo, aun cuando las tradiciones no nos hubieran conservado su memoria.»

Vemos pues como este libre-pensador, con una franqueza, tan laudable, como poco imitada por sus correligionarios, no sólo reconoce comprobada la realidad del diluvio por la tradición, sino que da un paso mucho más allá, y confiesa con lealtad que las ciencias confirman el mismo hecho.

Un adversario nos ha preparado el camino que pretendemos seguir, mas antes de empezar á recorrerlo, creemos oportuno exponer el testimonio de sabios todavía más competentes, y nada sospechosos de parcialidad.

«Todas las naciones que pueden hablar, escribe el gran Couvier (1), nos atestiguan que han sido recientemente renovadas por una gran revolución de la naturaleza.—Un sabio orientalista inglés, M. Bryant (2), ha demostrado por todas las tradiciones de los antiguos pueblos, por sus fábulas religiosas y por sus misterios, que el diluvio es de todos los acontecimientos de la antigüedad,

(1) *Ossem. foss.*

(2) *Annales de phil.* t. III, p. 574.

aquel cuyo recuerdo ha dejado las más profundas huellas. La prueba que le han ofrecido los nombres es singularmente notable. Vamos á referir algunos ejemplos. *Arameni*, país del arca ó de la luna, porque la media luna, colocada horizontalmente, tiene la forma de una barca. *Ararat*, montaña del descendimiento, sobre la cual descendió Noé con su familia. La veneración á esta montaña existe, y remonta á la época del acontecimiento. *Erican*, primera vista. Este es el nombre que dió Noé al altar que levantó al salir del arca. Existe aún hoy una ciudad del mismo nombre, á pesar de las continuas guerras con que ha sido desolado este país. *Gocarena*, ciudad muy antigua, de la cual habla Strabón, y cuyo país era muy fértil en olivos, significa literalmente país del arca. *Thamanim* ó *Shamanim*, al pié del arca, quiere decir la morada de las ocho personas, salvadas del diluvio. *Nachisevan*, que los griegos, conservando el sentido de las palabras, han llamado lugar del descendimiento.—M. Bryant, en su análisis de la antigua mitología, asegura que estos nombres se han conservado en los autores más antiguos; y los viajeros más modernos los han reconocido, lo mismo que la tradición inmemorial de los Armenios y pueblos cercanos.»

«Diversos pueblos, escribe en otro lugar el mismo eminente naturalista (1), han conser-

(1) *Discours sur les Révolutions du Globe.*



vado un recuerdo más ó menos confuso de esta catástrofe, en que comienza necesariamente la historia de los hombres, tal como nos ha podido ser transmitida; y lo que es muy digno de consideración es que aquellos pueblos que han guardado menos relaciones entre sí, convienen sin embargo en señalar este acontecimiento casi en el mismo tiempo, es decir de cuatro á cinco mil años antes del presente, (1820). Todos saben en efecto, que los libros de Moisés, según el texto de los Setenta, que es el que más prolonga el intervalo que media entre el diluvio y nosotros, no hacen remontar el diluvio más que á 5340, y según el texto hebreo, cuya cronología es la más corta, á 4168, según el cálculo de Usse-rius, ó á 4393, según el de Freret: pero lo que no se ha hecho notar bastante es que las datas señaladas á esta catástrofe por los Caldeos, los Chinos, los Indios y los Griegos, son, con escasa diferencia, las mismas.»

Y avanzando mucho más, dice en otra parte: «Si alguna cosa ha sido demostrada en geología, es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolución, cuya data no puede remontar á más de cinco ó seis mil años. «Y esa revolución, á que se refiere, es el diluvio. Así se expresa el inmortal fundador de las ciencias geológicas. ¿Cómo podrán tener cara nuestros adversarios, para pretender arrogárselas para sí, y considerarlas como armas á

propósito para combatir la verdad revelada? Y la tienen sin embargo, á pesar de que otros muchos de los primitivos cultivadores de estas ciencias, protestan enérgicamente, y hacen la misma confesión que Cuvier. «No sabemos, decía Buckland (1), cómo plugo al Señor conducir esa masa inconmensurable de aguas, y elevar sus olas sobre la superficie del globo; pero las huellas formidables están delante de nuestros ojos, y todos los elementos parecen haber tomado en ello parte.»

«Que un grande y violento diluvio, añade R. VVagner (2), se haya derramado sobre toda la tierra, y cubierto las más elevadas cumbres del globo, es un hecho que ha dejado señales irrecusables sobre toda la superficie terrestre, y nosotros tenemos pruebas sensibles y suficientes de sus numerosos efectos, aun cuando no hayamos podido preguntar más que á una lijera parte del globo.»

Á estos testimonios tan brillantes, pudiéramos añadir los de otros muchos geólogos eminentes, pero á fin de no ser prolijos, nos contentamos con mencionar á Beudant (3) y á nuestro ilustre Vilanova (4), quienes después de hacer ver que el diluvio, no sólo no se opone lo más mínimo á la geología, sino que antes bien es confirmado por ella, pasan

(1) *Reliquie diluviana.*

(2) *Hist. nat. de l'homme*, II, 27.

(3) *Minéralogie et Géologie.*

(4) *Geología*, (La Creación T. IX, p. 386).



á señalarle por causa inmediata la aparición del Tenare y de los Andes.

Así hablan los hombres sinceros y de verdadera y sólida ciencia; mas quien carece de ésta, ó de toda nobleza y dignidad, puede muy bien explicarse conforme á sus antojos y desmentir hasta las verdades más palpables.

Por eso, viendo cuan mal parados y cuan llenos de confusión habían salido en el campo de la tradición, quisieron sepultarlo en la sombra de un olvido sempiterno, y no oirlo mencionar jamás. Y á fin de realizar mejor sus perniciosos designios, se han acampado, en la Geología, con mucho aire de arrogancia; y de allí nos dirigen sus ataques y nos pretenden amedrentar, como si la verdad no fuera una en todas partes, y como si otro que ella pudiera alcanzar una cumplida é inmortal victoria.



## CAPÍTULO II.



### LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA POR LA GEOLOGÍA.



LA Geología por su parte, lejos de contradecir en lo más mínimo á esa idea que universalmente se tiene del Diluvio, lo viene á confirmar de una manera muy clara. Ella nos muestra, en todos los países conocidos, diferentes depósitos producidos por extraordinarias corrientes *diluviales*, que acaecieron precisamente en la época en que, según las tradiciones sagradas y profanas, debió suceder el gran cataclismo destinado á borrar la iniquidad de la tierra. Nos muestra, digo, no sólo una, sino muchas formaciones, originadas por grandes corrientes de agua; lo que nos resta es saber cuál de ellas fué la producida por el diluvio bíblico y tradicional.

